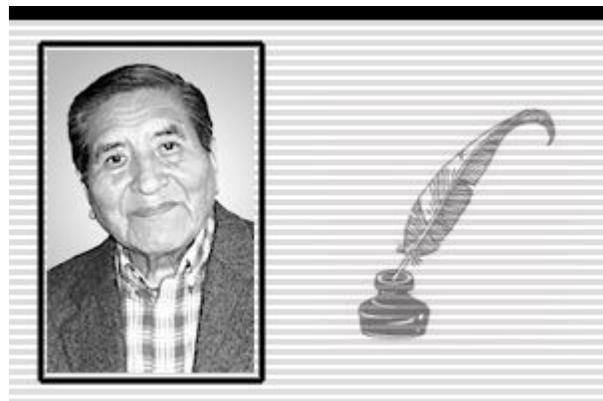


Vocabulario, aprendizaje y memoria

Juan de Dios Yapita

Página Siete, martes, 30 de septiembre de 2014



En el diario vivir de seres humanos, en cualquier lugar del mundo, entre las sociedades se produce una constante interacción de carácter social y cultural, manteniendo sus diferencias lingüísticas, pero siempre, buscando el entendimiento entre unos y otros.

En América, nos muestra la historia que, antes de la llegada de los españoles (1492), habitaban muchas poblaciones con sus lenguas y culturas, las cuales mantienen hasta ahora sus lenguas. Se supone que algunas lenguas han debido extinguirse.

Esta vez queremos recordar algunos pasajes sobre cómo los niños y niñas aprendían en un área rural de habla aymara, en los años 40. Lo dicho aquí está basado en el conocimiento directo, que es uno de los postulados del aymara; en otras palabras, el pasado vivido.

En aquellos años, los niños hablantes monolingües de aymara aprendían los quehaceres del hogar. Uno no escuchaba decir a alguien o enseñar a cultivar la papa, sembrar cereales, etcétera. En la mayoría de los casos, los varones iban acompañando a su padre. Y las niñas estaban con su madre. Pero, en ningún momento, la madre le decía a su hija: Te voy a enseñar a tejer una trencilla, sino la hija aprendía a tejer en forma casi espontánea.

Dicho de otro modo, los niños sabían de sus obligaciones y las niñas igualmente. Aquí se está hablando de una familia. El vocabulario que se escuchaba decir de los padres de familia era: uñaqaña, katuqaña e ist'asiña; y términos agrícolas, como yapuchaña, qhullina, sataña, phawaña, ayruña, tharuña, llamayuña, palljaña, ch'uñuchaña, kayachaña, q'ipiña, lak'uña, inkuña, phint'aña, kallchaña, parwaña, jawq'aña, khuyuña, piqtaña, qhunaña, manq'aña, juchhaña, umaña y muchos otros más.

En el caso de una familia monolingüe migrante ya establecida en un centro urbano, los hijos teníamos que ingresar a la escuela para aprender a leer en castellano en una forma directa. No teníamos ninguna explicación acerca de la importancia del lenguaje, sólo el director, señor Julio Héctor Peñaranda, nos decía: "Ustedes tienen de lengua materna el aymara, nunca lo olviden. Ahora, van a aprender el castellano, pero apréndanlo bien para que la gente hispano parlante no les critique".

Las palabras del señor Peñaranda no las olvido, recuerdo cada momento, que hasta ahora para mí es un aliento. En el curso éramos más de 30 alumnos aymaras y algunos niños de habla castellana. Hasta ahora admiro la honradez de mis compañeros de curso.

Mi padre me compró para mí una regla de 30 centímetros y una goma grande de borrar. Estos dos útiles escolares estaban al servicio de mis compañeros de curso, (1940). Al final del año me los entregaban, tanto la regla como la goma ya gastada, con agradecimientos. Kax reglamas gomamas walikpun mayt'apxista, reglamax janiw gastatakiti, gomamakiw akch'ar tukuta. Estas eran sus palabras. Hasta entonces los maestros

eran castellano hablantes.

Estuvimos practicando valores humanos que se conocen como: honradez, puntualidad y responsabilidad. El maestro, cómo desarrollaba la clase, él tenía las lecciones preparadas, las cuales escribía en el pizarrón con una bonita caligrafía. Los niños copiábamos a nuestros cuadernos borradores y en casa pasábamos al cuaderno en limpio. O sea que, al escribir dos veces una lección, aprendíamos la ortografía y la caligrafía y también el vocabulario.

Algunas veces, teníamos que exponer una lección al curso, pues, para no quedar mal ante el maestro y compañeros de curso, los que siempre éramos llamados a una presentación, optamos por memorizar las lecciones. La memoria era un recurso muy positivo, que con tanta facilidad memorizábamos las lecciones. En esos años había personeros del ramo de educación que visitaban a las escuelas. Recuerdo a los maestros de apellidos Sanjinés, Bustillos, Pinto y no recuerdo a otros. Ellos venían a la clase elegantemente vestidos y siempre estaban leyendo en momentos de recreo.

Por otra parte, nos enseñaban con tanta paciencia y dedicación los homenajes y gratitud a ellos. Tal vez ellos están olvidados. Escribo estas líneas como parte de la historia de la educación de esa época. En casa me decían: wal uñaqäta, chuymaruw catuqäta. Esto, refiriéndose al aprendizaje.

Juan de Dios Yapita es lingüista.